

El desarrollo moral humano en virtud del desarrollo del conocimiento

Gilberto Cely Galindo*

*Solo hay un bien: el conocimiento.
Solo hay un mal: la ignorancia*
Sócrates

Resumen

Avanzamos en el tercer milenio con la certeza de que las ciencias positivo-analítico-experimentales están liderando la conformación de un hombre nuevo y de una nueva sociedad que ha recibido el nombre de “Sociedad del Conocimiento”. Las ciencias y las tecnologías, articuladas por la dinámica económica en una nueva unidad que se llama tecnociencia, son las principales gestoras de los valores morales que soportan la Sociedad del Conocimiento.

La moralidad pragmática del hombre del conocimiento tecnocientífico da lugar a una ética utilitarista que reclama como bueno y correcto todo lo que sea útil, en orden a mejorar la calidad de vida para la mayoría de la gente. La Bioética, como una ética centrada en el conocimiento riguroso de la lógica de la vida, para cultivarla desde una instancia valorativa, se va posicionando con la propuesta de un humanismo científico, asumiendo el propósito de dotar de recursos sapienciales a la tecnociencia para

* El profesor de Bioética Gilberto Cely Galindo es sacerdote jesuita. Su formación intelectual es transdisciplinaria, con maestrías y especializaciones en Colombia, Bélgica, Inglaterra, España y Brasil. Ha publicado individual y colectivamente una veintena de libros de Bioética, además de 36 artículos en revistas científicas y capítulos en libros colectivos. Creó el Instituto de Bioética de la Pontificia Universidad Javeriana y lo dirigió en dos ocasiones. Actualmente es Decano del Medio Universitario de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la misma universidad.

que construya éticamente el conocimiento a modo de puente hacia el futuro. El resultado esperado de la propuesta es un *telos y éthos de sentido* que jalone los procesos de humanización en la Sociedad del Conocimiento. En otras palabras, desde la dimensión hermenéutica de sentido de la existencia humana proponemos construir éticamente el conocimiento tecnocientífico, apostando por el cuidado de la vida en todas sus manifestaciones, en pos de una cultura de la vida.

Abstract

We are walking through the third millenium feeling quite certain that the positive-analytical-experimental sciences are leading the emergence of a new man and a new society that has been called the "Knowledge society." Science and technology, articulated through economic dynamics in a new field called technoscience, are the main originators of the moral values that support the Society of Knowledge.

Man's pragmatic morality concerning technoscientific knowledge gives rise to a type of utilitarian ethics which claims that everything that is useful for improving the quality of life of most people is good and correct. Bioethics, as 2nd sort of ethics focused on the rigorous knowledge of life's logic to cultivate it from an evaluative standpoint. Gradually, Bioethics finds a position together with the proposal of a scientific humanism, assuming the task of providing technoscience with sapiential resources so that it may ethically build knowledge by way of a bridge towards the future. The expected result of the proposal is a *telos and éthos of sense* to demarcate humanizing processes within the Society of Knowledge. In other words, from the hermeneutic dimension of the sense of human existence, we propose the ethical construction of technoscientific knowledge aimed at the protection of all forms of life in the search for a true culture of life.

En el presente ensayo, nos proponemos argumentar la tesis de que el desarrollo de la moralidad humana se da en sinergias con el desarrollo del conocimiento del mundo y de sí mismo. Esto significa que la moralidad y la ética son constructos sociales de raigambre cognitiva. Que nadie nace ya con una estructura moral y ética, sino que debe aprenderlas a lo largo de toda su vida, vagabundeando, por ensayo y error, por dos tipos de conocimientos: el científico y el sapiencial.

En nuestros días, el conocimiento científico está necesariamente acompañado del tecnológico, sin saberse cuál de los dos es primero, pues conforman una unidad, la tecnociencia,

que da lugar a la llamada *Sociedad del Conocimiento*. Para acompañar éticamente la moralidad de la Sociedad del Conocimiento, la cognición sapiencial debe entrelazarse intrincadamente con la tecnocientífica a favor de crear en cada persona actitudes vitales de pensamiento crítico. Si esto no acontece de manera explícita, interdisciplinaria y transdisciplinariamente en los programas educativos formales e informales, el hombre de dicha Sociedad queda sin brújula, sin norte, pierde su rumbo, adolece de sentido existencial y da tumbos hasta precipitarse en su propio abismo. Porque no basta el conocimiento tecnocientífico profesionalizante para garantizar la supervivencia humana y del planeta. Quizás

este solo sea su perdición. Ya tenemos varias evidencias. Tampoco es suficiente la sola sabiduría en un mundo altamente complejo y de múltiples interrelaciones. La sabiduría proviene, en gran parte, del conjunto de saberes humanísticos que se deben articular hoy en día con los científico-técnicos de manera armónica e interdisciplinaria.

Para abordar esta complejidad y desarrollar nuestra tesis, en primer lugar nos ubicaremos en la naturaleza como referente ineludible de inspiración colectiva de moralidad; seguidamente hablaremos de cuatro actores sociales que entrecruzan aportes de aprendizaje moral y, finalmente, posaremos la mirada en la Bioética, como la ética nueva en construcción que se ocupa de valorar la vida y generarle un *éthos* propicio de sostenibilidad. Valorar todo tipo de vida y el planeta mismo que la dio a luz y la hospeda generosamente en una trama compleja de interrelaciones no vulnerables. La supervivencia humana y la de toda la biota están amenazadas de muerte por la demencia del ser humano de la Sociedad del Conocimiento tecnocientífico carente de sabiduría.

El hábitat que habitamos nos habita y somos su conciencia

La naturaleza es el lugar ineludible del encuentro del hombre con el origen de sí mismo, por lo tanto, consigo mismo, para hacer aprendizajes sobre nuestro ser y actuar, sobre la manera justa de morar nuestro planeta, base de los sentimientos morales.

En consecuencia, los procesos cognitivos ancestrales y los educativos informales y formales contemporáneos no pueden darle la espalda a la madre naturaleza en su integridad e ignorarla, puesto que ella es nuestra casa terrenal, habitamos en ella y cada uno

de nosotros somos naturaleza, pues también ella nos habita.

Nuestra condición natural actual es el producto de dos largas evoluciones inconclusas: la biológica y la cultural. Ambas en estructuras disipativas que hacen bucles permanentemente sobre sus propias emergencias orgánicas y sobre las vecinas del ecosistema, siempre en interacción con lo abiótico, para mantener sinérgicamente con ellas el equilibrio dinámico homeostático de los seres vivos. Todo esto en sistemas abiertos de captación de energía y expulsión de entropía, que hacen posible condiciones neguentrópicas para que la vida viva con todas sus vitalidades y diversidad siempre creciente en nuestro planeta. Estas son las raíces causales y conservacionistas de la aparición del *homo habilis*, hasta el actual *sapiens*, en un larguísimo, azaroso y caótico proceso de hominización.

En cuanto a la segunda evolución, la cultural, es producto autopoiesico¹ de la primera, la biológica, que conduce de la hominización a la huma-

1 Asumimos el concepto de "autopoiesis" (*poiesis* = creación, del verbo *poieín* = crear, hacer) de la teoría elaborada por Francisco Varela y Humberto Maturana. Esta teoría argumenta que el fenómeno de la cognición es emergencia del mismo proceso de selección natural de las especies. Autopoiesis significa, entonces, crear desde sí mismo, dar a luz novedades. Todos los organismos vivos son autopoiesicos y dan de sí mismos emergencias sistémicas de mayor complejidad y una de ellas son las cognoscitivas en gradientes diferentes. Por consiguiente, la cognición no es exclusiva del ser humano. Es común a todos los animales con los cuales estamos emparentados, pero en el humano ha sido la causa de todo su mundo simbólico. El concepto de autopoiesis tiene su correlato en el concepto de "autoorganización" propuesto por la cibernética y desarrollado para los sistemas orgánicos por Heinz von Foerster. Por otra parte, de Ilya Prigogine y el Instituto Santafé acogemos la teoría de las "estructuras disipativas" como fundamento de la "complejidad creciente", en el mismo orden de ideas de los autores anteriormente citados. Vertemos estas teorías científicas a la Bioética, con el propósito de fundamentar un humanismo científico.

nización, es decir, hacia gradientes superiores de lo típicamente humano y diferenciador de los otros entes vivientes: su condición de ser bio-psico-socio-espiritual, gracias al mejoramiento de su sistema nervioso central encéfalo-raquídeo, que da lugar a estadios avanzados de cognición por mejores sinapsis, y, por ende, de capacidad racional, volitiva y de libertad relacionada.

La humanización lleva consigo procesos psico-mentales de representación simbólica cada vez más sutiles, más abstractos, que hablan silenciosamente del humano como ser creatural en interdependencia con el resto de la creación, pero con la falsa creencia de que es radicalmente diferente a ella, superior a ella y su amo todopoderoso. Esta falsa creencia ha tenido sus hitos en Francis Bacon, René Descartes y toda la corriente positivista de la Modernidad científico-técnica hasta nuestros días, en connivencia con la filosofía y teología dominantes en Occidente.

La evolución cultural nos configura como *homo sapiens*. Recordemos que somos tierra, porque semánticamente *homo* viene del latín *humus*, tierra. Así pues, somos tierra que evoluciona hacia el *sapiens*, es decir, hacia el conocimiento. En eso andamos. Y cuando duplicamos el *sapiens*, como teleobjetivo cultural de nuestro desarrollo futuro humanizante, se afirma el intenso deseo de llegar a ser *homo sapiens sapiens*, es decir, que conoce que conoce, o que sabe que sabe, que deviene en inteligente y consciente. Y que esa conciencia de sí mismo es el *locus moralis* que diferencia al humano del resto de las criaturas por su carácter sapiencial, para responsablemente rendir cuentas de sí mismo y del entorno. Hacia allá vamos.

Desde esta realidad moral, sapiencial, asumimos la vocación de ser la conciencia que la naturaleza tiene de sí misma. Su conciencia moral. La Ecoética. Desafortunadamente, desde los inicios de la Modernidad y con el advenimiento de las ciencias y tecnologías, hemos venido separando cada vez más naturaleza de cultura, pues desde los avances culturales avasallamos la naturaleza, incluyendo la propia humana, con todo tipo de intervenciones, buenas y malas.

La naturaleza es la casa, en griego *oikos*². Es el *éthos* ecológico, el hogar biofísico de todos, y no tenemos otro hogar. El hábitat y los habitantes nos fundimos en una sola realidad eco-psico-socio-espiritual. En la casa y con ella tendremos que rehacer nuestros aprendizajes éticos sapienciales que nos lleven a habitarla dignamente, es decir, a ponerle el prefijo *bios* al *éthos*, para vivir y convivir correctamente, articulando con inteligencia nuestras realidades de seres biótopos y psicótopos³.

La madre naturaleza es el biótopo matriz donde moramos como miembros de la biocenosis que nos parió como psicótopo, en un complejo devenir de orden, desorden, organización eco-evolutiva-creadora. En la naturaleza, como bien primero y origen de otros bienes⁴, los seres humanos nos

2 "Tal como se muestra ante nosotros, el *oikos* es la casa viviente de la vida, la vida en forma de casa; el *oikos* ecuménico se confunde con el universo de la vida: la *Ecosfera* (*Oikosfera*) es la *Biosfera*". Morin, E. 2002. *El Método II. La vida de la vida*. Madrid: Cátedra. (5ª ed.). p. 113.

3 Nuestro planeta es un biótopo: espacio embarazado de vida. Es un planeta vivo que da a luz la vida psico-espiritual en cada uno de los seres humanos, constituyéndose en psicótopo

4 Es importante establecer la diferencia entre "bien" y "valor". Los **bienes** son realidades objetivas, materiales o simbólicas, es decir, naturales o culturales, que existen fuera del sujeto pensante, por consiguiente, son independientes de las acciones cognitivas y volitivas personales.

auto-descubrimos como agentes de valores y dignidad, lo que moralmente reclama de nosotros no reducirla a mero objeto instrumental de utilidad y precio, como ha sucedido equívocamente con la cultura depredatoria de la Modernidad tecnocientífica que

Antecedan siempre el actuar del sujeto y, por esta precedencia, se les puede considerar como bienes pre-morales. Citemos algunos: la naturaleza y los recursos biofísicos que la constituyen, la vida, la salud, la sexualidad, la propiedad, el poder, el matrimonio, la familia y el Estado en cuanto a instituciones simbólicas culturales. Los bienes pre-morales pueden convertirse en valores morales una vez que formen parte sustantiva de la acción e intencionalidad, como en el caso de la vida humana. Los bienes son objeto de normatividad y de protección legal.

Los **valores morales** tienen siempre como referentes los bienes, no existen independientemente de la praxis humana, responden a intencionalidades de impronta cognitiva y volitiva que impulsan la acción simbólica humana y se encarnan en ella, manifestándose como un carácter o modo virtuoso de ser de la persona. Son valores, por ejemplo: la justicia, la solidaridad, la equidad, la veracidad, la fidelidad, la honradez, la amistad, la generosidad, la compasión... Todos los valores morales responden a preferencias y convicciones individuales, a virtudes personales, a hábitos, a modos dignos de habitar la casa terrenal, a cualidades espirituales que se viven libremente en la cotidianidad y establecen un *éthos vital*. Por esta razón, los valores morales, más que ser normas enseñables académicamente como una ciencia o asignatura escolar, son modelizados por las personas que los viven como opción libre y se convierten en ejemplos para orientar la conducta deseable de las demás personas, especialmente en el proceso educativo de socialización. Normalizar los valores morales es algo muy difícil, a la vez que jerarquizarlos, y peor aún darles amparo legal por el Derecho. La dignidad humana podría considerarse simultáneamente como el valor y bien moral supremos, que conforman una unidad. Pero la dignidad humana no es un solo valor, sino un conjunto de valores morales referenciados socialmente, todos ellos mediados por preferencias intencionales individuales y colectivas que, de manera sinérgica, dinamizan el proceso de humanización, sin que entre ellos haya conflicto ni contradicciones. Los derechos humanos concretizan y defienden el conjunto de bienes y valores que hablan de la dignidad humana. (Sobre bienes y valores, cfr. Piguet, C. "Transmission des valeurs". En *Revue de théologie et de philosophie*, N° 123, 1991, p. 147-158; Junges, Roque. (2001). *Evento Cristo e Ação Humana*. Editora UNISINOS, pp. 206-210).

nos tiene *ad portas* de arruinar para siempre nuestro hábitat. ¿Han sido las tecnociencias agrícolas, veterinarias y zootécnicas, aliadas con las económicas y administrativas las culpables de nuestros actos ecocidas?

En el largo proceso evolutivo holoceno⁵, hemos sido los animales más exitosos porque logramos gran adaptabilidad al entorno para sobrevivir. Y en la medida en que nuestro sistema nervioso central ha ido desarrollando mejores condiciones sinápticas cerebrales, bipedismo, lenguaje, cooperación social y destrezas cognitivas que dan lugar a la emergencia creciente de la voluntad y de la libertad, pasamos progresivamente de adaptarnos a adaptar el mundo a nuestras necesidades y antojos superfluos con las tecnociencias. En esta andadura histórica hemos llegado al pragmatismo positivista moral actual, en virtud del desarrollo positivista y pragmático del conocimiento que nos habilita para la supervivencia, no sin altos riesgos ecocidas y suicidas.

En los últimos cuatro siglos, nuestra capacidad colonizadora, adaptadora y dominadora del planeta se ha acrecentando exponencialmente. Este ha sido el inicio del período antropoceno⁶, el

5 En 1885, durante el Congreso Geológico Internacional, un grupo de científicos reunido en Bolonia, Italia, decidió que la era geológica habitada por seres humanos se denominaría "Holoceno". El holoceno inicia cuando concluye el último período glacial, hace 12 mil años, y el hielo desaparece en gran parte de Europa.

6 Se entiende por "Antropoceno" la era en que las fuerzas de las actividades humanas se superponen a las fuerzas de la naturaleza. Este término fue discutido en Londres, durante la segunda semana de mayo 2011, en la reunión de la Geological Society, pensando que ya podría darse por concluida la era holoceno, habida cuenta de que el inmenso poder que las tecnociencias le están aportando a las actividades humanas para habitar el planeta y penetrar los secretos del cosmos, ya puede ser comparado con el poder de las fuerzas de la naturaleza.

de las tecnociencias, que multiplica el poder humano en condiciones de manipulador de la naturaleza y de sí mismo. Esta andadura histórica ha traído consigo muchas cosas buenas y malas. Las buenas saltan a la vista como un conjunto enorme de bienes que aportan mejor calidad de vida humana. Las malas se evidencian en los daños ecológicos irreversibles y en los altos riesgos de autodestrucción humana con todo tipo de violencias.

Los daños que causamos a la naturaleza son ecocidas y revierten sobre los humanos con efectos suicidas. Esto se ha puesto en evidencia con el cambio climático de origen antrópico, que sobreviene como calentamiento global, destrucción de biodiversidad, ciclones, tsunamis, tornados, inundaciones, pérdidas de cosechas, exceso de lluvias en algunas zonas y escasez en otras, nuevas enfermedades, toxicidad ambiental, destrucción de glaciales perpetuos, descongelamiento de los polos y de Groenlandia, aumento del nivel del mar, crecimiento de los huecos de ozono y un larguísimo etcétera de perversidades que hacemos a la madre naturaleza.

Quienes militamos en la Bioética ambiental, argumentamos que el ser humano es uno más de los miembros de la cadena de la vida, que la vida como tal es el centro de la preocupación ética y que toda actividad humana debe reglarse en línea con los datos de la ecología⁷, haciendo sinergias con

ellos. Todos los seres vivientes tienen derechos que no pueden ser alienados por los humanos, ni considerarlos simplemente como derechos morales indirectos. Y si la naturaleza nos precede evolutivamente, nos constituye y nos proyecta, ella es fuente inspiradora de valores morales y emblema simbólico de sus moradores, que hemos alcanzado altos niveles de conciencia⁸.

Todos los seres de la naturaleza tienen valor intrínseco, que reclama de nuestra parte tutela moral para su preservación y uso adecuado de ellos. La contemplación de su belleza y el beneficio que obtenemos de su utilidad refuerzan en nosotros el mejoramiento de nuestro carácter moral y espiritual y fortalecen nuestra conciencia de responsabilidad de ser en el mundo, ser mundo y ser para el mundo. Estos significados introducen un orden moral y contrarrestan la entropía social que viene con los procesos caóticos normales de la dinámica humana. El conjunto de valores morales y éticos, y su práctica real, conforman lo que denominamos "Ecología-humana", que siempre será dinámica y cambiante, frágil o fuerte, en coherencia o no con las otras ecologías⁹, como lo sugiere Hargrove¹⁰.

y todos los constituyentes físicos y vivientes de los ecosistemas". *Ibidem*, p. 34.

7 "La Ecología es la primera ciencia que restaura la naturaleza hasta ahora dislocada y desintegrada por las ciencias". Morin, E., (2002), *El Método II, La vida de la vida*. Madrid: Cátedra (5ª ed.). p. 117. "Efectivamente, en su fundamento la Ecología no es solamente la ciencia de las determinaciones e influencias físicas surgidas del biotopo; no es solamente la ciencia de las interacciones entre los diversos e innumerables vivientes que constituyen la biocenosis; es la ciencia de las interacciones combinatorias/organizadoras entre cada uno

8 Sagoff, M., "On Preserving the Natural Environment". En *The Yale Law Journal* 84. 1974. pp. 205-267; ID. *The Economy of the Earth*. Cambridge: Cambridge University Press. 1988, pp. 124-145.

9 Sugiero la lectura del libro de Guattari, Félix. (2003). *As três Ecologías*. Papyrus (14ª Ed.). Campinas: Brasil. Guattari interrelaciona la Ecología social con la Ecología mental y con la Ecología ambiental, proponiendo una ecosofía ético-estética. También sugiero el libro de Lupasco, Stéphane. (1986). *O Homen e as Suas Três Éticas*. Lisboa: Éditions du Rocher.

10 Hargrove, E. C. (1989). *Foundations of Environmental Ethics*. Englewood Cliffs: Prentice Hall. ID., "Weak Anthropocentric Intrinsic Value". En *The Monist* 75. 1992, pp. 183-207.

La manera correcta de habitar espacio-temporalmente y de apropiarnos la realidad histórica del grupo social de pertenencia, nos dotan de identidad cultural como concreción de nuestro existir y morar. Y la identidad es la manera visible a los demás como cada cual vive sus convicciones, creencias, preferencias, acuerdos y desacuerdos, valores y antivalores, que dan o no sentido a la existencia.

Al considerar simultáneamente la realidad humana y la naturaleza como fuentes ineludibles de reflexión moral, estaremos construyendo una nueva ética, la Bioética, que tiene su fuerza en la sabiduría para iluminar de sentido el devenir humano en comunión con el hábitat. La Bioética cuida de la vida toda del planeta y nos da la mano para avanzar en la construcción de una nueva civilidad que articule su *éthos* moral con el *éthos* natural.

La moral es la manera simbólico-valorativa como los grupos humanos articulamos históricamente nuestros esfuerzos colectivos para apropiarnos de condiciones de una vida buena, justa, digna, bella y feliz, con la cual nos identificamos culturalmente.

La moral habla, con un lenguaje silencioso, de aquellos bienes, valores y reglas de conducta profundamente humanos, requeridos para la convivencia justa y pacífica. Esos valores son de alto contenido simbólico por su origen psíquico-espiritual, estético y religioso, y en esto radica su fuerza convocatoria y modelizadora de la arquitectura social, pues los valores morales proponen a los individuos grandes metas y utopías deseables de bienestar colectivo, que dotan de sentido existencial, es decir, de significado último a los significados contingentes, paradójicos o contradictorios que se derivan de las rutinas del diario vivir. Del modo de habitar.

Cuatro actores sociales, sus escenarios y sus aportes morales

Entre los actores sociales más relevantes, responsables de construir la nueva ética de la vida, simultáneamente con los procesos de desarrollo del conocimiento tecnocientífico y sapiencial, a la vez que construyendo linderos al libre desarrollo de la personalidad, podemos citar cuatro:

- El primero de todos es la educación formal e informal. Específicamente la que se imparte en el seno familiar y la escuela primaria, pues la formación de la conciencia moral se logra fundamentalmente en los niños y niñas durante los primeros diez años de su vida, en un contexto afectivo que favorece la confianza en las relaciones interpersonales y el descubrimiento de lo estético, que es a la vez lúdico y recreativo. En esta época de la infancia se aprende *vivencialmente* la diferencia entre el bien y el mal. Entre el egoísmo y el altruismo. Entre la vida y la muerte. Se aprende lúdicamente a convivir en paz y a cooperar para beneficio de todos, sin trasgredir los derechos ajenos. Se aprenden hábitos de pensamiento crítico para fortalecer progresivamente el ejercicio de la libertad y la autonomía, en coherencia con un realismo sensato. Así pues, la formación de la conciencia moral de los niños viene de la mano con aprendizajes fundantes de todo conocimiento de la realidad como son: la socialización, el afecto, lo estético, lo ético y lo sapiencial. Todo esto en un modo correcto de morar el hábitat. Porque la moral es un saber morar, es decir, habitar.

En los años siguientes y el resto de la vida, la educación, centrada más en aprendizajes *académico-conceptuales*

profesionalizantes, refuerza o destruye los valores morales de la infancia y capacita, con fuertes experiencias, para sobrevivir competitivamente en ambientes hostiles, desleales y sin miramientos a los impactos negativos en la arquitectura social, como también en los ecosistemas. Todo se debe a que la educación formal profesionalizante, de pre y posgrado, carece de reflexión sapiencial y de transversalidad integrativa de otros saberes, especialmente humanísticos, porque no es interdisciplinaria y transdisciplinaria.¹¹ Es un mero saber-hacer. La técnica sin ciencia, y las dos anteriores sin conciencia, son una nueva manera de barbarie.

- El segundo actor es el conjunto de decisores morales, políticos y económicos que determinan la suerte de las naciones y del mundo. Ellos desarrollan un conocimiento específico para interactuar en relaciones de poder y en ejercicios de fuerza, con planes de gobierno que supuestamente buscan el progreso y bienestar de los ciudadanos con el supuesto de una vida buena para todos, en el Estado de bienestar. Es el accionar macro de la biopolítica. El *bios*, la vida, es el centro del debate que ocupa a los decisores y administradores de lo público. Allí, escondidos en los conceptos de desarrollo y bienestar están valores y antivalores morales de los decisores, según la intencionalidad de sus intereses y métodos para lograrlos, siempre en relaciones de fuerza y negociación con respecto a propuestas alternas de sus contendores

políticos. A resultas de las luchas de poder quedan unos cuantos privilegiados con beneficios y una mayoría privada de ellos. Esto lo sabemos por experiencia histórica.

- El tercer grupo de actores responsables de construir la nueva ética de la vida, la Bioética, son los hombres y mujeres que consagran sus vidas a la encomiable labor de correr las fronteras del conocimiento con la investigación científica, con *métodos positivo-analítico-experimentales*. Y con ellos sus patrocinadores económicos y políticos. Más las instituciones donde laboran. Unos y otros no pueden ignorar que sus quehaceres conllevan intencionalidades, intereses, objetivos, métodos, laboratorios de experimentación, aplicación de recursos costosos y búsqueda de resultados de beneficio utilitario como retorno ganancioso de la inversión. En todo lo anterior está comprometida la voluntad libre, acompañada de razón ilustrada que prosigue una racionalidad con respecto a fines. Por tanto, nada de lo anterior está libre de opciones morales, buenas o malas. El investigador científico no puede alegar para sí absoluta libertad para sus quehaceres, puesto que todo lo suyo tiene una hipoteca social y ecológica de riguroso cumplimiento. Ya no es posible continuar con la falacia epistemológica de los años cincuenta, de que la investigación científica y la ciencia en sí misma son valorativamente neutras porque son saberes puros, y lo ético depende de la manera correcta o no como se usen sus resultados tecnológicos. La ciencia pura no existe. También ha sido una falacia responsabilizar a las ciencias sociales y humanas de la conceptualización y aplicación de los valores morales, especialmente a la filosofía y

11 Sugiero consultar a Cely Galindo, Gilberto. (2007). *Bioética Global*. Bogotá: Editorial Javeriana. Especialmente el capítulo 5, "Transdisciplinaria y complejidad en el análisis bioético". pp. 147-174.

teología, puesto que con esta actitud se lavan las manos las ciencias positivo-analítico-experimentales e inculpan a las otras de ser sus jueces benignos o severos, quienes les están impidiendo realizar libremente sus tareas investigativas, sin que sepan de ellas.

- Y el cuarto grupo de actores es la sociedad civil, que en su inmensa mayoría desarrolla un conocimiento de tipo *sapiencial* no sistematizado, por ende frágil y poco vinculante del tejido social, aunque la constitución y las leyes lo procuren. La población civil está compuesta por los adultos y los niños. El ciudadano de a pie. El campesino. El ama de casa. El obrero. El profesional. Los comerciantes. Las instituciones empresariales, religiosas, cívicas y culturales. Y todas las gentes, letradas o no. La población civil está llamada a tomar conciencia de sus derechos y responsabilidades, a organizarse, movilizarse pacíficamente y exigir otro tanto a sus gobernantes, pensadores orgánicos, administradores de lo público y privado, economistas, educadores, servidores religiosos y, por supuesto, a los investigadores de todas las ciencias. El empoderamiento cognitivo y moral del cuidado del mundo de la vida y su sentido existencial es responsabilidad de todos. La Bioética nos advierte de esto y nos convoca a organizar movimientos sociales pacíficos, como los de los “indignados”, porque todos debemos rendir cuentas de nuestras conductas. El mismo Potter pensó también la Bioética como movimiento cívico colectivo para la sobrevivencia.

Construcción colectiva de una ética de la vida

Así pues, todos los seres humanos estamos llamados a asumir consciente y responsablemente la elaboración de una nueva ética para la contemporaneidad y de cara al futuro. Como lo que está en juego, o en riesgo, es la vida, la ética que se espera para el tercer milenio es aquella que dé *buena cuenta de qué es la vida, de cuál es su sentido y de cómo cuidarla* para conducirla hacia modos muy cualificados de vivirla que aporten cada vez mayor calidad de vida. La ética de la cual hablamos es la Bioética, que se ocupa tanto de las situaciones persistentes que exigen una permanente atención ética, como de las situaciones emergentes (problemas nuevos en la sociedad, o de límites o de fronteras), según lo explicaba el bioeticista Giovanni Berlinguer en una conferencia realizada en el Instituto Gramsci, en Roma, en marzo de 1988, a la cual asistí.

Del profesor Van Rensselaer Potter, cultor del neologismo Bioética pero no su creador, a quien conocí personalmente en una visita en 1997, recibimos sus enseñanzas con sus libros tan citados *Bioética: un puente hacia el futuro* (1971) y *Bioética Global* (1988).

El Dr. Potter nos advierte de la necesidad de unir las ciencias con las humanidades, en un horizonte de sabiduría ilustrada que él llama Bioética. Esta sabiduría la define como “el conocimiento que necesitamos para orientar correctamente el conocimiento”. Y es la nueva ética contemporánea, cargada de humanismo e ilustrada por las ciencias de la vida, biología y ecología principalmente. En sinergias con dichas ciencias biológicas, la filosofía práctica, es decir, la ética, debe construir un puente hacia el futuro. Esta intuición de Potter da lugar

a inventar dialógicamente los valores morales que reglen sapiencialmente nuestra conducta actual a favor de la supervivencia humana y del planeta.

La sabiduría es el tejido invisible de la cultura que se manifiesta en un modo práctico de pensar críticamente y de llevar la vida individual y colectiva, con valores espirituales que dignifican al ser humano, valores con los cuales el hombre dignifica también a los demás seres de su entorno terrenal. Pertenece a la sabiduría cultural determinar lo permitido y lo no permitido.¹² De las raíces mismas de la sabiduría surgen las emociones morales que alertan la sensibilidad y predisponen para el autodomínio con los juicios éticos, en los cuales voluntad y razón ilustrada se dan cita para la toma correcta de decisiones que comprometen el ejercicio de la libertad humana.

Van Rensselaer Potter era bioquímico, investigador en cáncer, en la Universidad de Wisconsin. Desde su fortaleza científica se acercó a las ciencias sociales y humanas, proponiendo una alianza interdisciplinaria centrada en la ética de la vida. La Bio-ética.

Mucho antes que Potter, en 1927, en el intermedio desolador de las dos guerras mundiales, un teólogo y humanista luterano, el pastor alemán Fritz Jahr, se acercó a las Ciencias de la Tierra, proponiendo el neologismo Bioética. Fue él quien inventó esta palabra para llamar la atención sobre el ecocidio bélico y el magnicidio demencial. La vida humana y la de nuestra casa terrenal estaban amenazadas de muerte por

el avance tecnocientífico del armamentismo. ¿Para qué las ciencias y tecnologías si las convertimos en nuestra propia ruina? ¿De qué sirve desarrollar el conocimiento si no va acompañado de crecimiento moral? ¿En qué consiste, entonces, ser *homo sapiens* si no es doblemente *sapiens*? O sea, que sabe que sabe. Que es conocedor consciente de sí mismo y de sus acciones para obrar en libertad y responsabilidad. Finalmente, Jahr, como buen teólogo y pastor aterrizado, intuyó que no hay Cielo sin Tierra. Quien desee llegar al Cielo debe tener muy buena conducta en la Tierra, hermanándose espiritualmente con todas las criaturas, como lo promueve para nuestro tiempo el *Proyecto de Declaración Universal de los Derechos de la Madre Tierra*, en su afirmación de que “todos y todas somos parte de la Madre Tierra, una comunidad indivisible vital de seres interdependientes e interrelacionados con un destino común...”

Si bien Jahr y Potter pertenecieron respectivamente a la primera y segunda mitad del siglo pasado, fueron profetas visionarios de cuanto acontece en las neuronas humanas jalonadoras de un nuevo tipo de sociedad ilusionada con las promesas de bienestar que pregonan las ciencias positivas. Es innegable que el presente siglo está marcado por el desarrollo incontenible y veloz de las ciencias y tecnologías, las cuales entrelazan sus quehaceres y objetivos hasta configurarse como un solo fenómeno llamado tecnociencia que da lugar a la Sociedad del Conocimiento,¹³

12 Dentro de la cultura se gestan los valores mediante los cuales se valida el comportamiento social, formando así los criterios de verdad y los juicios de valor, partes de las estructuras que permiten entender la práctica social, al ser principios generadores y organizadores de las prácticas y sus representaciones". Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus Ediciones.

13 “Mucha gente empieza a hablar de una *nueva sociedad*, otros incluso de una *nueva civilización*. Los calificativos más usados para definir esta “novedad” son los de posindustrial, posburocrática, poschimeneas, sociedad de la innovación o del cambio, Sociedad del Conocimiento, sociedad veloz, posmodernidad, modernidad tardía. Todos los términos son un intento de explicar y dar sentido a unos cambios rápidos y heterogéneos, difíciles de conceptualizar y orientar en una sola

en la cual el saber es mucho más que la información y se organiza pragmáticamente como saber-hacer.

La suerte de la nueva sociedad¹⁴ dependerá fundamentalmente de la manera ética como se construya el conocimiento y su praxis, lo cual significa que los diferentes actores sociales deben anticiparse, con mayor velocidad que los desarrollos tecnocientíficos, a crear consensualmente un imaginario de valores morales deseables para que estos sean rectores de los seres humanos del tercer milenio. Es decir, una ética nueva, también del saber-hacer, la Bioética, para encauzar la sociedad emergente generada por las innovaciones tecnológicas del conocimiento y los innumerables problemas éticos que ocasiona. Esta es la casuística de la que también se ocupa la Bioética.

Recordemos que los valores morales, como también los antivalores, son constructos sociales. Que cada sociedad construye los suyos y se construye o se destruye con ellos. Así se explica la suerte de las grandes civilizaciones históricas de la humanidad que no sobrevivieron a sus antivalores. Los valores y antivalores morales siempre siguen una dinámica dialéctica que subyace a la lucha por la supervivencia de la especie *homo sapiens*. Desde luego, las tecnociencias son una sala de partos de los valores y antivalores que constituyen la cultura dominante del hombre contemporáneo, empeñado en dotarse de mayor calidad de vida y

búsqueda de felicidad como estrategia de supervivencia, con su ética utilitarista que da soporte a la Sociedad del Conocimiento.¹⁵

En tanto saber interdisciplinario y transdisciplinario de tipo hermenéutico, la Bioética se esfuerza en la construcción de un *éthos vital*, vale decir, un medio ambiente propicio para que la vida viva con todas sus vitalidades. Para asumir responsablemente desde la vida cultural el conocimiento y cuidado de todas las formas de vida que pueblan nuestra casa terrenal. Y para que esto sea así necesitamos implicarnos en una ecoética que favorezca cuanto deseamos de bienestar para el ser humano y para su hábitat, a sabiendas de que la dignidad que el ser humano alega para sí, lleva a sus espaldas la responsabilidad de compartirla con toda la creación con la que debemos vivir en comunión.

No puede hoy en día negarse que todo conocimiento es necesariamente un conocimiento útil. Y el concepto de utilidad no es reductible al estadio final del conocimiento, convertido en la palabreja muy manida de tecnología, sino que es desde las mismas entrañas del proceso de conocer, que llamamos investigación, de donde surge la utilidad del saber. Si aceptamos este aserto, podemos decir que el saber es un saber-hacer. Vista esta afirmación desde la instancia antropológica, el saber-hacer es simultáneamente un saber-hacerse, en cuanto que el vagabundeo que el hombre hace con su inteligencia inquisitiva que llamamos investigación en todas las áreas del conocimiento, conlleva también un vagabundear por los caminos zig-

dirección, aunque tengan mucho en común". Morillas, Luis Miguel (1994). *La Sociedad del Conocimiento*. Barcelona: Ed. Cristianismo y Justicia. Institut de Teologia Fonamental-Sant Cugat del Vallès. p.5.

14 "La historia revela que un nuevo espíritu siempre ha sustituido al viejo cuando la sociedad ha comenzado a desintegrarse y una nueva sociedad emerge". Masuda, J. (1984). *La sociedad informatizada como sociedad post-industrial*. Madrid. p.87.

15 Para una mayor ilustración sobre este tema, invito a leer el capítulo "La Bioética en la perspectiva de la Sociedad del Conocimiento". En Cely Galindo, Gilberto, Ed. (1997). *Bioética y Universidad*. Bogotá: CEJA. pp.115-143.

zagueantes que va haciendo al andar, también en la construcción de su conciencia moral.

Por lo tanto, la construcción ética del conocimiento será aquella que se piense en función de obtener productos científicos útiles para los problemas de la gente, sin detrimento del hábitat, y a favor de los más desprotegidos de la sociedad, siguiendo la prescripción de John Rawls con su propuesta ética de la justicia. Por otra parte, conviene traer a colación las advertencias de Hans Jonas sobre la responsabilidad como principio ético, en términos de “frenos voluntarios” que tanto los científicos como la sociedad debemos imponernos en el desarrollo del tecnoc conocimiento.¹⁶

El hombre se autoconstruye como agente moral en la misma medida en que va construyendo el conocimiento del mundo y de sí mismo, y no existe modo diferente para acceder a la autoconciencia, donde se troquela el sujeto individual que llamamos persona y la comunidad de personas que llamamos sociedad. Es así como recuperamos el postulado aristotélico de que el acto de conocer es un acto ético, y que su contrario, la ignorancia, es un *status* antiético.

En consecuencia, reclamamos para las ciencias positivo-analítico-experimentales su estatuto de constructoras de moralidad y la necesaria pedagogía para que su devenir se realice con lucidez moral en un gran horizonte de humanización,¹⁷ el cual no es otra cosa

que diseñar el tipo de hombre, el tipo de sociedad y el tipo de hábitat que deseamos como buenos, y establecer mecanismos para alcanzarlos.

Podríamos decir que el ser humano conoce, se conoce y se reconoce a través de dos vertientes de conocimiento: las ciencias en general y la sabiduría.¹⁸ Un grupo de las primeras dan lugar al conocimiento tecnocientífico del mundo objetual, y la segunda al conocimiento de lo humano.

Hay otro horizonte igualmente válido del conocimiento, que podemos llamar *sapiencial*, orientado a dar explicaciones de sentido, con sus modos histórico-hermenéuticos de proceder práctico, intuitivo, sensitivo, experiencial, realista y popular de las tradiciones culturales que se decantan en la memoria colectiva. También lo sapiencial pertenece a la naturaleza racional humana y no integrarlo al cono-

parte del hombre de una jerarquía de valores trascendentales, los cuales parten de una experiencia empírica del ser en el mundo, como un saber apropiativo del mundo, comparten la dimensión comunicativa del ser con los otros como máxima intelección de nosotros mismos en interacción armónica con el *oikos*, y superan la concreción histórica para llenar de sentido espiritual las rutinas de la existencia. La humanización es la respuesta de conciencia ética que el progreso del conocimiento va dando a las profundas preguntas por el misterio de la vida, para aliviar la dolorosa desintegración y desgarramiento interior que padece el hombre contemporáneo. El hombre de la Sociedad del Conocimiento.

18 El aumento de la ciencia y de la técnica no ha logrado repercutir directamente en una disminución de las injusticias sociales, de las relaciones de dominación de los países ricos sobre los pobres, del hambre y la miseria, de los daños severos a la naturaleza, del armamentismo, de la infracción estructural a los Derechos Humanos, etcétera. En este orden de ideas increpa Salvador Giner: “... no hay duda de que poseemos más datos que nunca sobre nosotros mismos, y que nuestra capacidad de transformar el ámbito de nuestra vida no ha dejado de aumentar en muchos sentidos. Falta saber, no obstante, si somos más sabios”. Giner, Salvador. (1987). *Ensayos civiles*. Barcelona: Península. p. 153.

16 “El definitivamente desencadenado Prometeo, que confiere a la ciencia unas fuerzas nunca conocidas y a la economía un incansable impulso, exige una ética que mediante frenos voluntarios pueda contener aquel poder suyo capaz de perder al hombre”. Jonas, Hans. (1979). *El Principio de Responsabilidad*. Frankfurt a. M., p.7.

17 El proceso de humanización se concreta en la exigencia de autenticidad y de apropiación por

cimiento de todas las ciencias es lo que ha llevado a la crisis de la razón ilustrada tan evidente en los últimos tiempos de la Modernidad. La Posmodernidad es simultáneamente una denuncia de dicha crisis y una búsqueda inconclusa de recursos cognitivos inéditos para tenderle la mano al hombre que navega en el racionalismo exaltado.

La Bioética se ocupa de esta integración para rescatar del naufragio la

bioesfera, y con ella también la noosfera, ante la terrible tempestad ocasionada por los amenazantes avances tecnocientíficos y la precariedad ética de quienes timonean atolondradamente el arca de Noé que llamamos planeta Tierra. En esta frágil embarcación navegamos, provisoriamente y con la misma suerte, los seres humanos y lo que nos queda de especies microbianas, vegetales y animales.

Referencias

1. Brody, Howard. (2009). *The Future of Bioethics*. Oxford, New York: Oxford University Press.
2. Castillo, Salvador Feliu. (2002). *Ciencia y verdad*. Valencia: Ed. Marfil, S.A.
3. Cely, Gilberto. (2009). *Bioética Global* (2ª. edic.). Bogotá: Editorial Javeriana.
4. Cortina, Adela. (1998). *El mundo de los valores. "Ética mínima" y educación*. Bogotá: Editorial El Buho (2º ed.).
5. Folke, C., Carpenter, T., Elmqvist, L., Gunderson, C. S., Holling & Walker, B. (2002). "Resilience and Sustainable Development: Building Adaptive Capacity in a World of Transformations". En *Ambio* 31:437-440.
6. Moreno, Jonathan D. (2010). *Progress in Bioethics: Science, Policy and Politics*. Edited by Jonathan D. Moreno & Sam Berger. Boston, Massachusetts: Mit Press.
7. Mout, M.E.H. Nicolette & Scauffacher, Werner (editors). (2008). *Truth in Science, the Humanities and Religion*. Balzam Symposium 2008. Springer, London.
8. Parks, Jennifer A. (2009). *Bioethics in Changing World*. Jennifer A. Parks & Victoria S. Wike. Boston, Massachusetts: Upper Saddle River. New Jersey: Prentice Hall.
9. Puyol, Ángel & Rodríguez, Hannot. (2007). *Bioética, justicia y globalización*. San Sebastián. España. Donostia.
10. Walker, B. & D. Salt. (2006). *Resilience thinking. Sustaining Ecosystems and People in a Changing World*. Washington DC.: Island Press.